

T. N. HAWKE

*Reclamada por su*

**ALFA**



**LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #1**



# RECLAMADA POR SU ALFA

---

LOS LOBOS DE GREEN VALLEY #1

T. N. HAWKE

## ÍNDICE

1. [Sobre este libro.](#)
2. [Agradecimientos.](#)
3. [Capítulo 1: Sheila.](#)
4. [Capítulo 2: Liam.](#)
5. [Capítulo 3: Ewan.](#)
6. [Capítulo 4: Sheila.](#)
7. [Capítulo 5: Liam.](#)
8. [Capítulo 6: Sheila.](#)
9. [Capítulo 7: Epílogo: Ewan.](#)
10. [Sobre la autora y sus libros: descubre más.](#)



# Sobre este libro

**Copyright © del libro:** Marta Guinart Tamarit. Primera edición a través de Amazon KDP, 2019.

Todos los derechos reservados.

**Copyright © de la portada:** imágenes cortesía de Pixabay. Editada y arreglada por Marta Guinart Tamarit.

Imágenes del interior cortesía de Pixabay. Licencia gratuita sin necesidad de dar créditos para uso comercial.

Este libro está protegido por la Ley de Derechos de autor.

Por favor, no practiques, colabores o promociones la piratería. Respeta a la autora del libro y lee sus trabajos de manera legal, colaborando de esa manera a que ella pueda continuar escribiendo.

La piratería mata cualquier tipo de arte. Y los artistas y escritores tristemente no nos alimentamos de aire.

Si lees el libro, hazlo a través de Amazon. Es exclusivo de esa plataforma por decisión de la autora. Si lo has descargado de otro sitio, entonces se trata de una descarga ilegal. Por favor, evita estos lugares. Los autores dedicamos mucho tiempo y esfuerzo y merecemos que se respete nuestro trabajo.

A nadie le gusta que le roben.

Si estás leyendo este libro a través de Amazon: ¡muchas gracias por tu apoyo! Espero que lo disfrutes y que te haga pasar un buen rato.



# Agradecimientos

A todos los lectores que leéis este libro tras haberlo comprado o a través de Kindle Unlimited o la Biblioteca de Amazon: ¡gracias!

Sois el motivo por el continuo escribiendo.



*A mis hermanas CC: ¡gracias por vuestro constante apoyo! ¡Os  
quiero chicas!*





# 1

===

Sheila

===

Desde que mis padres murieron cuando yo tenía diecinueve años, me he pasado la vida viajando de un lugar a otro en busca de ofertas de trabajo temporal y haciendo todo lo posible por sobrevivir.

Cuando el accidente de coche sucedió, y después de haberlos llorado y enterrado, me di cuenta de que estaba en la ruina y de que no tenía ningún lugar al que ir.

Mi padre era el único que tenía hermanos, y no se llevaba bien con ninguno de ellos, así que yo nunca llegué a conocerlos. Y nuestra familia dependía de los ingresos de mi madre y las pocas pinturas que mi padre lograba vender para poder pagar las facturas. No teníamos nada a nuestro nombre.

Ni siquiera un pequeño apartamento.

Nada. Excepto por nuestra vieja caravana.

Así que, cuando ellos se fueron, a mí no me quedó nada excepto la caravana de papá. Ni siquiera lo suficiente como para completar mis estudios.

Ello no me dio muchas opciones.

Quizá es por ello que, en cuanto vi el anuncio en Internet de que se buscaban mujeres humanas para «conocer y trabajar» para un Lobo Alfa Cambiante en Canadá, que afirmaba necesitar a alguien que le ayudara en casa a cambio de una suma de dinero considerable, no dudé en poner rumbo hacia allí.

No es que no tuviera miedo de acabar quién sabe dónde y en las manos de algún psicópata misógino y huraño y de que mi cadáver terminara en algún lugar remoto e inaccesible de los bosques del frío país de Canadá, pero acababa de gastar mis últimos dos dólares en un café y necesitaba dinero desesperadamente.

Y he de admitir que lo que vi de la ciudad de Green Valley tras una búsqueda en Internet me enamoró.

No sé por qué, pero ver esos parajes: los verdes prados, las montañas, los ríos y bosques... despertó algo en mí que me impulsó a empezar el viaje ese mismo día.

Y aquí estoy ahora: a la entrada de la carretera de Green Valley, y mi corazón, no sé por qué, late tan descabellado que tengo que respirar hondo para calmarme.

Hay una sensación dentro de mí que crece y se extiende por mi pecho. La misma que tuve cuando vi las fotos de Green Valley y el extraño anuncio en la Web de ofertas de trabajo; la misma que tuve la noche antes de que mis padres murieran: como si algo importante estuviese a punto de ocurrir.

Como si el destino estuviese siendo escrito en este mismo momento.

Los bosques de coníferas que se extienden a cada lado del camino son altos y frondosos, y casi me parece estar entrando en alguna realidad alternativa donde los cuentos de hadas, tanto los buenos como los malos, tienen lugar.

Me río de mí misma cuando lo pienso. Siempre he tenido una imaginación bastante hiperactiva.

El camino está asfaltado y en buenas condiciones, y no pasa mucho hasta que, al girar una curva, la ciudad aparece como salida de entre la bruma. Green Valley es un lugar precioso, decido inmediatamente. No puedo evitar detener la caravana en un recodo de la carretera y acercarme a la valla del mirador que hay unos metros más allá, desde donde se tiene una vista panorámica del lugar.

La ciudad de casi cuarenta mil habitantes se extiende a la orilla de un lago de aguas tan cristalinas que incluso desde lo alto de la montaña por la que conduzco soy capaz de ver el fondo.

Las aguas turquesas están llenas de las pequeñas figuras de los barcos de los pescadores y los de aquellos que disfrutan de un día de ocio, y puedo ver que el puerto es posiblemente una de las partes más activas de la ciudad, y no me extraña: el clima es perfecto. No hace calor, pero tampoco tanto frío como me había temido al inicio.

Es como si el lugar tuviera su propio perfecto microclima.

Las casas de fachadas blancas y tejados verdes y azules son tan pintorescas y bellas como en las fotos. Puede que más, incluso.

Y, como siempre, no puedo evitar soñar despierta con cómo sería vivir en una de ellas. Cómo sería tener mi propio hogar, mi propio jardín.

Mi propia familia.

Aprecio la vieja caravana de mis padres, con la que solían viajar cuando eran más jóvenes, pero muchas veces se me hace claustrofóbica.

Eso, y que me encantaría tener un baño en condiciones y no tener que depender de que algún amigo me dejara ducharme en el suyo o de alguna casa de servicios sociales (donde jamás me he sentido segura) estuviese dispuesta a dejarme entrar durante un rato.

La mayor parte del tiempo, siempre tengo mi cubo y mi esponja y pastilla de jabón a mano para darme un rápido lavado cuando no me queda otro remedio.

No es fácil vivir así, y tras más de diez años de esta vida, estoy agotada y sé que eso se nota en mis ojos y en mi cuerpo. Mi pelo tiene tantas canas que me lo tiño como mínimo una vez al mes.

Es una vida estresante, pero lo hago lo mejor que puedo.

Suspirando, alejo mi mente de las fantasías y me enfoco en la hermosa vista que me rodea.

El aire de aquí es más fresco que el que he respirado jamás.

Cruzar la frontera fue un lío de papeles, pero no me arrepiento. Incluso si la vaga y extraña oferta de empleo resulta ser una farsa o algo peor, sé que no voy a lamentar el haber viajado hasta aquí.

Las vistas son magníficas, y el lugar hace que mi corazón sienta una nostalgia a la que no soy capaz de ponerle nombre. Como si por fin hubiera vuelto a casa.

Es extraño pensar en lo mucho que las emociones y los impulsos dictaminan nuestras vidas. Y lo acertados que son esos impulsos en ocasiones.

Nunca he sido capaz de eliminar esa parte soñadora de mí que aún sueña con encontrar el hombre perfecto y vivir en la casita perfecta.

Es ridículo, pero así soy yo y he aprendido a no luchar contra las pocas cosas que me hacen feliz hoy en día: mi imaginación y mis sueños.

—Señorita, ¿necesita ayuda?

La voz es profunda y ronca, muy masculina.

Yo me sobresalto. Ni siquiera lo he oído llegar. Tan ensimismada estaba contemplando la ciudad del lago y su belleza que he perdido por completo la noción del tiempo y el espacio.

Cuando me giro, con el corazón latiéndome a mil por hora y sin saber por qué, el aliento se me atasca en los pulmones y la sensación premonitoria se hace mucho más intensa.

Tan intensa que no puedo apartar la vista de él. Siento que cada segundo de mi vida, cada decisión y giro inesperado, me han llevado hasta ese momento.

Hasta él.

Es un pensamiento que me asusta.

Él es alto. Tan alto que tengo que alzar mis ojos para poder verle la cara.

Su cabello es negro y corto y sus ojos son de un hermoso gris. Su rostro cincelado es digno de una estrella de Hollywood y su barbilla

y mejillas están cubiertas de una fina barba tan oscura como su pelo, bien cuidada y recortada.

Es tan apuesto que, durante unos segundos, soy incapaz de pensar en nada más que en lo mucho que me gustaría verlo desnudo. Ver si el resto de él está tan bien cincelado como su cara de Adonis.

Su cuerpo es firme y musculoso, y la anchura de sus hombros y sus bíceps hace que mis rodillas se sientan débiles y que mi sexo se humedezca como si fuese una adolescente calenturienta, para mi total consternación.

Soy una mujer con una libido bastante normal: ni mucha ni poca. Y jamás en la vida había tenido una reacción así al ver a nadie.

Es tan intensa que siento mis pezones endurecerse contra la tela de mi sujetador, y rezo para que él no sea un Cambiante y el viento no esté a su favor, porque estoy segura de que mi bochorno si él llega a oler mi súbito deseo por él sería tal que tendría que marcharme de allí inmediatamente.

Y acabo de enamorarme del lugar y de decidir que quiero intentar tener una vida aquí, así que preferiría no tener que hacerlo.

El hombre tampoco ha dejado de mirarme intensamente. Sus ojos grises me recorren de arriba abajo y hay algo oscuro y lujurioso en su mirada que hace que me estremezca y que me dé cuenta de que él comparte el interés y que la atracción es mutua.

Mi metro sesenta y poco no se puede comparar a su más de metro ochenta. Y mis pronunciadas curvas no han visto un gimnasio en la vida (tanto por el hecho de que no puedo permitírmelo como el que no me atraiga el ejercicio en lo más mínimo, sin importar lo sano que sea).

Pero a él parece gustarle lo que está viendo.

Mucho, si el cada vez más pronunciado bulto de sus vaqueros no es una ilusión óptica causada por mi imaginación.

Trago saliva intentando respirar hondo y calmarme a mí misma.

Tengo el impulso de acercarme a él y lamer la piel de su ancho cuello para probar el sabor de su piel, y la necesidad es tan urgente que apenas puedo contenerme.

Él parpadea y suelta un sonido que parece más animal que humano, y me doy cuenta de que, efectivamente, es un Cambiante.

Mierda.

Me ruborizo tanto que siento mi piel arder de la vergüenza.

No sé si será eso que llaman el reloj biológico, pero de súbito mi apetito sexual se ha incrementado tanto que me es imposible encontrarle una explicación lógica.

Me aclaro la garganta rezando en silencio para que él no decida ponerse a comentar lo que acaba de ocurrir o, peor, irse al bar a contárselo a sus amigos mega-machos o algo así. Me gustaría que mi estancia en Green Valley fuese lo más apacible y anónima posible y no convertirme en el hazmerreír del lugar.

La humana que se pone cachonda nada más ver a un macho Cambiante con unos cuantos botones de su camisa desabrochados. Parece el inicio de una de esas películas porno fetichistas.

Me siento ridícula.

Mi vista viaja hasta el trozo de piel visible que marca el inicio de sus definidos pectorales y me ruborizo aún más por mi estúpido impulso de probar el sabor de su piel, que sigue dándome la lata, cuando lo escucho volver a emitir ese sonido ronco y grave que parece casi un ronroneo.

—Perdona. —Mi voz suena entrecortada y sin aliento. Como si acabase de correr una maratón y estuviese agotada.

Soy incapaz de controlar mi respiración.

Mis palabras se apagan una vez mis ojos vuelven a posarse en los suyos.

Sus pupilas están tan dilatadas que parecen negros.

—Eres humana. —Responde él señalando lo obvio.

Yo vuelvo a tragar saliva y asiento. Aún soy incapaz de decir nada más.

Él aspira una bocanada de aire y cuadra los hombros, y mi mirada nota otra vez la anchura de éstos. Como si fuese una degenerada calenturienta que no pudiese evitar sexualizar al pobre hombre.

Dios, qué vergüenza siento en estos momentos.

Trágame tierra.

—Soy Liam Wolf. —Dice él relamiéndose los labios y dando un paso hacia mí antes de detenerse en seco, como si hubiera recordado algo de súbito y estuviese poniendo todo su empeño en controlarse.

*Wolf.* Así que es un Lobo. Nunca había conocido a uno hasta ahora.

Tengo la sensación de que está ocurriendo algo entre nosotros que debería saber pero que se me escapa. No sé mucho sobre Cambiantes excepto que la mayoría suelen vivir en ciudades y pueblos montañosos y que se Emparejan de por vida, a veces con humanos, y poco más.

La mayoría de mis conocimientos proviene de historias fantasiosas escuchadas por ahí y de la ocasional película caliente en noches solitarias.

Ciertamente, nunca esperé sentirme tan atraída por uno de ellos, ni que él se sintiese atraído por mí también.

—Sheila. —Respondo cuando me acuerdo de hablar, una vez el silencio se ha hecho demasiado largo como para que sea considerado educado. —Sheila Perry. Encantada.

Lo último lo digo con voz entrecortada otra vez y me ruborizo aún más intensamente.

Mis ojos han vuelto a mirarle la entrepierna mientras yo hablaba y, por la mirada que me dirige él, el Cambiante se ha dado cuenta de ello.



Él da un paso más hacia mí y yo tiemblo de los pies a la cabeza. No de miedo, sino de deseo reprimido.

Tengo tantas ganas de tirar el recato y lo apropiado al carajo y pedirle que me empotre contra un árbol y me folle allí mismo, en mitad de la carretera, que estoy a punto de pedírselo.

De suplicárselo.

Jamás en mi vida me había sentido tan en descontrol como ahora.

Es como si nada más verlo mi cerebro y mis hormonas hubieran decidido volverse locos de deseo por él.

—Hey, Liam, ¿todo va bien?

Hay un coche parado en la carretera con el motor aún en marcha, y el hombre que lo conduce y su copiloto nos están mirando con la ventanilla bajada y la curiosidad en los ojos.

Una vez más, mi mente estaba tan perdida que ni siquiera me he dado cuenta de que había alguien más a mi alrededor hasta que han hablado. Ni siquiera he escuchado el motor del coche cuando se han acercado.

La aparición de la pareja rompe cualquier clase de hechizo que hubiera habido entre Liam Wolf y yo, y yo doy un respingo de sorpresa y mis pies dan un paso atrás automáticamente. Me siento algo mareada.

El deseo por ese oscuro desconocido aún está muy presente en mi mente, y todavía siento el impulso de tocarlo, de saborearlo, pero mi pánico también está haciendo acto de presencia.

Mientras el Lobo, tenso, se gira a hablar con los desconocidos y les dice que todo está bien y que no necesitamos ayuda, mis manos empiezan a temblar y yo corro hacia mi caravana, subiéndome al asiento de un salto y encendiendo el motor antes de ser consciente de mis acciones.

El pecho me duele mientras conduzco en dirección a Green Valley todo lo rápido que puedo, y para mi total consternación, mis ojos se

llenan de lágrimas y una tristeza que no sé de dónde ha salido me embarga de tal manera que no puedo dejar de llorar.

Es como si, al dejarle a él atrás, también hubiera renunciado a un trozo de mí. Siento como si acabase de tomar una de las peores decisiones de mi vida, y eso me asusta aún más.

¿Cómo es posible que un completo desconocido, un Cambiante, sea capaz de hipnotizarme de tal manera tan solo unos minutos después de conocerlo?

Nunca me había pasado algo así. En ninguna de las pocas relaciones que he tenido a lo largo de mi vida me he sentido tan en descontrol. Como si mi necesidad de él fuese tan intensa y necesaria para mi vida como los latidos de mi alocado corazón.

Necesito tiempo y espacio para pensar.

No tardo más de cuarenta minutos en llegar al centro de la ciudad, donde una amable mujer, (después de que yo me haya limpiado las lágrimas de la cara y haya parado a respirar con normalidad), me indica que hay un aparcamiento para caravanas a las afueras, cerca del bosque, y que en esa época del año es gratis establecerse allí, dado que no hay muchos turistas y el lugar suele estar vacío.

Cosa que yo agradezco, porque mi gasolina está a punto de acabarse y no tengo ni un dólar más.

Tendré que buscar un trabajo por aquí si lo de la oferta del Lobo es una estafa o termina sin gustarme... cosa que me hace detener el motor a un lado de la carretera una vez más con los ojos abiertos de par en par.

*Liam Wolf.*

Corriendo como la loca que debo parecer en esos momentos, salto desde el asiento del piloto hacia la cortina que separa la cabina del resto de la caravana y rebusco entre los papeles que hay en la vieja mesa de plástico hasta dar con mi desgastado teléfono móvil.

No tengo Internet, ya que dependo de los cafés y locales a los que voy o cerca de los que aparco para poder conectarme a la red (no suelo tener lo suficiente como para pagar una conexión mensual, y

mi caravana no tiene antena receptora de WiFi, de todas formas, ya que es mucho más vieja que el Internet moderno y nunca fue actualizada para ello), pero guardé una captura de pantalla del anuncio en cuestión en la galería de imágenes, y no tardo en dar con ella.

*«Se busca mujer humana o Loba soltera dispuesta a conocer a un Lobo en busca de su princesa o, en caso de necesitar solo empleo, de ayudar en las tareas de mantenimiento y cuidado del hogar en Green Valley, Alberta, Canadá.»*

*Interesadas preguntar por Liam Wolf.»*

El anuncio es ridículo y algo misógino, pero me había hecho gracia la primera vez que lo había leído a pesar de todo. Recuerdo haber pensado que me había parecido propio de uno de esos panfletos de los años no-sé-cuántos en los que los rancheros buscaban esposas por correo.

Ahora, en cambio, me llena de una sensación que no puedo describir.

Una oleada de calor me embarga de nuevo cuando leo el nombre y recuerdo la voz de él, tan masculina y ronca y con el acento propio de la región, pronunciar las mismas sílabas que lo componen.

*Liam Wolf.*

Me estremezco cuando mi vívida imaginación vuelve a deleitarme con el recuerdo de la oscura belleza del Lobo, y me embarga tal deseo por volver a buscarle y suplicarle que me desnude y me monte hasta no poder andar que me empiezo a sentir mareada.

No sé qué me está ocurriendo, pero tengo muy claro que no es normal.

Al menos no en mí.

Me paso la lengua por los labios resecaos, y me siento en el banco de madera que reparé hace poco, dejándome caer sobre los cojines y pensando en qué hacer a continuación.

Tengo dos opciones:

La primera es que puedo aceptar que lo que ha sucedido entre ese hombre y yo (y tengo claro, por la forma en la que él me miraba, de que es algo mutuo) es cosa del destino y volver sobre mis pasos para tratar de encontrarle y aclarar qué es lo que me está sucediendo, porque tengo la sospecha de que puede ser algo relacionado con su condición de Cambiante.

Y, la segunda, conseguir algo de dinero como pueda, aunque tenga que suplicar trabajo de una noche en algún bar de mala muerte que necesite camareras extra, y largarme de Green Valley cuanto antes.

La segunda idea me causa tal pinchazo en el pecho y me llena de tanta pena que siento como si estuviera perdiendo mi hogar y mi familia por segunda vez y me echo a llorar de nuevo sin poder aguantarme.

De pronto, me siento agotada. Emocional y físicamente.

He conducido durante días sin apenas dormir para llegar hasta aquí y todas estas emociones no ayudan en absoluto. Necesito dormir y pensar las cosas detenidamente, pero algo me dice que en el fondo ya he tomado una decisión.

Estoy tan cansada de tener que ir de un lugar a otro cada vez que mi trabajo de turno se acaba; de no poder permitirme el vivir en condiciones; que la idea de marcharme de Green Valley después de haber estado tan ilusionada con el lugar me hace sentir como si me estuviese dando por vencida en mí misma y en mi futuro, por desesperado o extremo que ello sea.

No soy la persona más lógica del mundo en mis mejores momentos y ciertamente no lo soy ahora mismo. Estoy demasiado agotada como para poder pensar de manera coherente.

Lo único que sé es que no quiero irme.

Y que una parte de mí, por preocupante que ello sea para el resto de mi mente, me impulsa a buscar a Liam Wolf de nuevo y a entregarme a él como si yo fuera la protagonista de una de esas novelas sobre las Almas Gemelas o las Compañeras Predestinadas

de los Cambiantes que solía leer de adolescente escondida en mi habitación.

Mi cerebro se queda en blanco durante unos segundos tras pensar en ello y la confusión me embarga. Pero, no.

No puede ser.

Es imposible que yo, Sheila Perry, huérfana y vagabunda casi sin hogar, sea la Compañera Predestinada de un Cambiante.

Esas cosas solo les pasan a otras mujeres, no a mí.

Y, en todas esas historias y novelas que he leído y releído sobre el tema (aún guardo algunos de mis viejos libros guardados en una caja bajo la cama), ellas siempre son bellezas mágicamente delgadas y altas y despampanantes que jamás engordan un kilogramo a pesar de tener más apetito que yo en días de menstruación, ni tienen marcas en la piel, ni necesitan ejercicio para ser perfectas; mujeres que harían llorar de envidia a cualquier modelo de Victoria's Secret.

Y él ciertamente encaja con el tipo de hombre que busca a mujeres supuestamente perfectas según el modelo de belleza que impone la sociedad de nuestra época.

Demasiado guapo y cuidado como para no serlo.

Y yo no soy ni de lejos así.

Sacudo la cabeza para alejar mis pensamientos negativos.

Me gusta como soy y estoy a gusto con mi físico, aunque me haya costado años de trabajo el aceptarme tal y como soy. No soy perfecta ni lo seré nunca y ello no me preocupa.

Tengo cosas más importantes en las que centrarme en mi día a día y mi aspecto físico no es una de ellas.

Respirando con calma, vuelvo a sentarme al volante y pongo rumbo a la zona para caravanas que la mujer me ha indicado antes. Las señales son visibles y claras y la carretera es perfecta para conducir, y el paisaje es de una belleza increíble, pero nada de ello me calma como lo habría hecho antes.

Mi mente no deja de pensar en Liam Wolf.

En su mirada. En su cuerpo. En sus labios. Sus hombros. Su rostro.

Su erección.

Aprieto los muslos fuertemente y me maldigo. Hasta mis pantalones se sienten incómodos y pegajosos. Nunca he estado tan cachonda en mi vida.

Necesito unas horas de sueño antes de empezar a pensar en qué hacer con toda esta situación.

Lo único que tengo claro es que Liam Wolf ha despertado un lado de mí que yo ni siquiera sabía que poseía.

Uno hecho enteramente de lujuria y deseo.

Y no sé si voy a poder controlarme si me lo encuentro de nuevo en persona.



## 2

===

Liam

===

Mi Lobo aúlla de agonía cuando la veo irse y me impulsa a perseguirla, a cortejarla, a besarla y marcarla como mía. Pero yo la dejo ir.

Las Leyes son las Leyes y mi bestia interior no va a ganar la batalla contra mi conciencia por mucho que la desee. Por mucho que su belleza y su olor me hayan tentado hasta casi volverme loco, hasta casi hacerme perder mi afamado control.

Y aún lo hagan.

El olor de mi Compañera Predestinada (Sheila. Un nombre tan hermoso como lo es ella) aún permanece en el aire. Atrapado en mis pulmones y fluyendo en mis venas como una potente droga.

Una vez George y su novio desaparecen rumbo al río en su coche y ya no pueden verme desde su retrovisor, me aprieto la palma de la mano contra la dolorosa erección sabiendo que me va a ser imposible calmarme.

Necesito volver a la cabaña y masturbarme.

La imagen y el olor de ella me persiguen y siento que estoy a punto de perder el control y Cambiar aquí mismo para echar a correr tras ella como si fuese un perro en época de Celo.

Apenas puedo pensar con coherencia y el instinto primitivo de todos los Cambiantes por marcar a su Compañera como suya lucha fieramente contra mi lado humano, y temo perder contra la agonía de mi súbito deseo por Sheila.



La vuelta a la cabaña no es fácil. Mis músculos están tan tensos por la lucha interna que tengo contra mi Lobo y sus demandas que entre los espasmos y la erección apenas me es posible caminar.

—¿Qué coño te pasa? No me digas que... Joder. ¿La has encontrado?

Mi hermano Ewan, cómo no, es el primero en darse cuenta de que algo ha sucedido en cuanto me ve.

Ewan es el tercero de los siete hijos del Clan Wolf de Green Valley, y uno de los más huraños, pero, aunque sé que mi hermano esconde un corazón de oro bajo esa fachada solitaria e introvertida, sus continuas ganas de lucha me agotan en mis mejores días, y en estos mismos momentos el tono de voz que usa para dirigirse a mí me dan ganas de propinarle una buena tunda y enseñarle cuál es su lugar en la manada.

Aunque normalmente soy un Alfa muy tranquilo y dejo que mis hermanos vivan sus vidas sin mucha interferencia, ahora no es un buen momento para provocarme.

Se suponía que Ewan estaba «patrullando» las tierras de la manada, pero, cómo no, ha decidido seguirme, seguramente para buscar pelea.

Ewan nunca aprende.

—Vete a casa. —Le gruño.

No tengo ganas de que me pregunten qué es lo que ha ocurrido. Tengo ganas de estar a solas, encargarme de la maldita erección, y luego relamer mis heridas y pensar en qué hacer a continuación.

Mi Compañera ha huido de mí.

No hay mayor vergüenza para un Lobo, y tengo ganas de aullar de agonía de solo pensarlo.

Mi mente lógica piensa que ella es humana y probablemente no comprende lo que ello significa para un Cambiante, pero mi bestia interior no deja de pensar en que ella nos ha rechazado, y ello duele como el infierno.

Hoy en día todo el mundo sabe que las Parejas Predestinadas existen y pensar que ella quizá no sea consciente de lo que ella es para mí no se me pasa por la cabeza.

Llevo esperando más de treinta años para conocerla. Desde que a los cinco me di cuenta del gran amor que compartían mis padres entre ellos y decidí que deseaba lo mismo para mí.

Y el haberlo encontrado solo para perderlo es una tortura.

—Ugh.

Ewan pone cara de asco cuando huele mi evidente excitación y a mí me dan ganas de romperle la jodida nariz y gruñirle que se largue otra vez.

Pero este hermano mío siempre ha sido incapaz de saber cuándo retirarse a tiempo de una potencial pelea y dudo que aprenda ahora.

—Ewan. —Siseo entre dientes, adolorido y cada vez más cabreado contra mí mismo y contra el tocapelotas de mi hermanito. —Lárgate. Ahora. Vuelve a la casa principal y dile a Caidan si lo encuentras que voy a tardar en volver.

La cabaña de la frontera es mi rincón de paz. Perteneció a mis abuelos y siempre ha sido un lugar en el que alejarme del ruido y el caos de la vida en la ciudad cuando lo necesito. Mis hermanos saben que, cuando no estoy en la casa principal del Clan, siempre pueden encontrarme aquí arriba.

Y también saben que deben dejarme en paz a no ser que sea una emergencia.

Y todos ellos mantienen sus distancias. Excepto Ewan.

Ewan no es el más sensato de la familia.

Nunca lo ha sido.

Mi hermano enseña los dientes en un gesto de rabia que otras veces habría dejado correr, pero que esta vez me toca las pelotas demasiado considerando que mi estado mental y físico no son lo de lo más equilibrado después de haber dejado marchar a mi

Compañera contra mis propios instintos como Cambiante y lo que mi sangre y mi corazón me demandan.

—¿Es humana o Loba? —Pregunta Ewan haciendo caso omiso a mi advertencia por segunda vez.

Craso error.

Pierdo el control de manera espectacular como jamás lo he perdido antes. Ni siquiera cuando era un cachorro impulsivo y arrogante.

Veo el miedo en los ojos de mi hermano cuando mi forma humana se desvanece dejando paso a mi Lobo. Mis ropas arden en una bruma negra que los científicos humanos han tratado de explicar y fallado en hacerlo durante años y las doy por perdidas cuando mi bestia toma el control.

Joder.

Normalmente me las habría quitado antes del Cambio. No me gusta ir de compras y ese par de jeans eran de mis favoritos.

Ahora estoy más cabreado que antes.

Mi hermano no se queda atrás. No es del tipo que huye ante un adversario por demente que sea eso.

Pero no importa lo grande y fuerte que Ewan sea en comparación con otros Cambiantes y otros Lobos, yo soy su Alfa.

Soy más grande, más fuerte, y más rápido.

Mi pelaje negro se eriza y mi rugido reverbera por el bosque como una señal de advertencia. Puedo sentir a los animales (ciervos y zorros y demás) correr asustados huyendo de mi presencia. Pero no les hago caso.

Mis ojos están centrados en mi hermano.

El pelaje de Ewan, de un gris oscuro, se eriza como respuesta, y enseña sus largos dientes como cuchillos en señal de amenaza, pero ello no le va a servir de mucho contra mí.

Mi hermanito está muy equivocado si cree que sus patéticos intentos de intimidación van a tener efecto en mí.

La batalla no dura mucho. Ewan es rápido y feroz, pero yo lo soy más, y pronto tengo a mi hermano tendido en el suelo en gesto de sumisión. Incluso no estando en mi mejor momento hay pocos Cambiantes que puedan hacerme frente. Solo el Alfa de otro Clan o manada podría ser un problema. Y la mayoría no se atreven a serlo.

No es arrogancia, sino experiencia. Me he batido a duelo las suficientes veces como para conocer mi fuerza.

Si algo bueno tiene todo esto es que al menos me siento más tranquilo. He ventilado algo de tensión, pero la sensación de pérdida sigue ahí.

El recuerdo de mi Compañera; de haberla tenido tan cerca; del deseo con el que ella me miraba; todavía está muy presente en mi mente. Y en mi cuerpo.

No puedo dejar de estar obsesionado con su olor.

Jamás había olido algo tan delicioso como el aroma de la excitación de Sheila.

*Sheila. Sheila. Sheila.*

Incluso durante la breve pelea no he podido dejar de pensar en ella. Mi mente estaba más centrada en mi Sheila que en mi hermano.

—Cabrón. —Murmura Ewan de vuelta en su forma humana y sin un ápice de vergüenza por estar desnudo frente a su hermano mayor. Está demasiado enfadado como para ello. —¿Seguro que no quieres hablar de ello? ¿Por qué coño no la sigues si no ha venido contigo?

Yo arrugo la nariz conteniendo un suspiro y aparto la mirada. Me siento cansado de sus preguntas y de mi propia mente que no cesa de repetirme lo mismo. Mi Lobo quiere que siga su rastro, pero yo me niego a perseguirla como si fuera una presa.

A no ser que ella me lo pida.

—Vete a casa, Ewan. Basta de peleas por hoy.

Puedo ver que mi hermano se siente herido. Que posiblemente piensa que si él fuese Caidan yo no lo apartaría. Que hablaría de lo que hay en mi mente. Y es cierto que tengo una relación cercana con el segundo de mis hermanos, pero también sé que esto es algo demasiado personal como para compartirlo incluso con él.

No espero que Ewan lo entienda.

—¿Quieres que le diga a Caidan que venga?

Como siempre, a pesar de su malhumorado carácter, Ewan piensa constantemente en el bienestar de su familia primero, aunque ello le joda.

Y sé que le jode lo ser tan suave en el fondo a pesar de lo mucho que le gusta ir de duro por la vida.

Siento el agotamiento apoderarse de mí y vuelvo a mi forma humana intentando no rezongar ante la evidente frustración y preocupación de mi hermano. Se me ablandece un poco el corazón cuando lo veo.

Hermanos menores. Son ambas cosas: mi plaga y mi razón de vida.

—No. —Le contesto sin gruñirle esta vez y procurando controlar mi tono de voz.

Mi mente sigue avasallándome con imágenes de Sheila. De su rubor. De su deseo. Y mi cuerpo está empezando a reaccionar a ellas de nuevo.

Va a ser muy difícil resistirse a seguir su olor hasta dar con ella como el cazador que soy.

Ewan hace una mueca de espanto y asco al ver mi erección, como si acabase de crearle un trauma, y yo me encojo de hombros.

Que se joda.

Debería haberse largado cuando le he dicho que lo hiciera.

Con un gruñido de repulsión, mi hermano vuelve a Cambiar y corre en dirección a la casa principal como si lo persiguiera el mismísimo

diablo. Sin duda a intentar librarse de la imagen de su hermano mayor de pie desnudo y excitado.

Mis labios se tuercen en una mueca, pero mi mente no deja de bombardearme con imágenes de mi Compañera y mi erección no baja a pesar del disgusto de ver la cara horrorizada de mi hermano.

Ofuscado, me acerco hasta el riachuelo que hay tras la cabaña y me hundo en sus heladas aguas, estremeciéndome de dolor cuando mi excitación se hunde bajo éstas. Pero no funciona.

Sé que voy a estar enloquecido y adolorido hasta que ella tome una decisión: o bien me deja claro que no me quiere en su vida, o bien se abre a mí y consiente que yo la reclame y la marque como mía.

No hay otra opción. No para mí.

Mi cuerpo me impulsa a Emparejarme. A follármela y dejarla cubierta con mi olor. A morderla y dejarle claro al mundo que estamos juntos, que es mía y solo mía y que yo soy suyo y solo suyo.

A pesar de que no sé nada más de ella que su nombre, sé que le pertenezco en cuerpo y alma a Sheila Perry.

Pero tal vez ella no sienta lo mismo.

Y también sé que, tome la decisión que tome ella, y aunque ello me mate, la respetaré y me mantendré alejado si eso es lo que ella quiere de mí.

Salgo del agua escarmentado. No ha ayudado en nada y mis pensamientos no se alejan de la mujer de mis sueños.

Tengo tantas ganas de poseerla que la cabeza se me llena de fantasías sexuales en las que ella es la protagonista.

Me pregunto si le gustará que la agarren del pelo mientras la montan por detrás. O si preferirá algo más lento y gentil. Profundo y sensual.

O ambas cosas.

Me imagino haciendo un sesenta y nueve, con su bella boca alrededor de mi miembro, los labios hinchados mientras me succiona.

Con mi lengua y mis dedos hundidos en ella mientras gime y se retuerce de placer.

Estoy tan caliente que tengo que agarrarme de la base para no hacer algo tan estúpido como correrme en mitad del bosque, donde alguien pueda ver algo que no debe.

Mis hermanos son demasiado entrometidos y dudo que mi rugido los vaya a mantener alejados durante mucho tiempo.

Los gemelos, Adrien y Blake, son casi más insensatos que Ewan. Y, aunque sé que me respetan, siguen siendo mis hermanos menores y no dudan nunca en tocarme las pelotas si con ello se divierten un rato.

Necesito hacer algo o me voy a volver loco.

Entro en la cabaña sin apenas ver. Mi Lobo quiere salir. El cabrón quiere correr tras el rastro de Sheila. Pero no voy a dejar que el bastardo gane.

Las Leyes son las Leyes. Ella debe ser la que me invite a entrar en su vida y en su cama.

Me dejo caer en la cama con un gruñido y pongo mi mano a trabajar, buscando con la otra algo de lubricante en la mesita de noche.

Me masturbo rápido y duro, sabiendo que no va a ser suficiente, y pienso en ella cuando me corro. Mis caninos se alargan con la necesidad de morder a la mujer en la que no dejo de pensar y muerdo mi antebrazo con fuerza para intentar controlarme.

La herida sanará en unos pocos minutos.

Mi cuerpo se convulsiona mientras la intensidad del orgasmo deja mi mente en blanco.

Solo puedo pensar en ella. Es como si me hubiera vuelto adicto a su aroma. A su presencia. Y solo han bastado unos minutos para

ello.

La llamada de una Compañera Predestinada es tan intensa como me advirtió mi viejo padre que sería.

A él le llegó a los treinta y tres. Dos años antes que a mí. Conoció a mi madre casi de casualidad y, cuando ella murió de cáncer hace seis años, la siguió ese mismo día al más allá. Incapaz de vivir un solo segundo sin su Compañera a su lado.

Ya no lo culpo por ello.

La idea de perder a Sheila me llena de una agonía indescriptible. Como si me hubieran arrancado de cuajo el corazón. Y todavía ni siquiera estamos Emparejados.

Mi miembro vuelve a demandar atención y sé que el día va a ser largo. Está anocheciendo y no sé cuánto aguantaré sin intentar verla de nuevo.

*Sheila. Sheila. Sheila.*

Tan bella.

Tan perfecta.

Solo espero poder aguantar lo suficiente como para darle el espacio que necesite para tomar su decisión.





### 3

==

Ewan

==

—¿Qué coño le has hecho? ¿Qué ha pasado?

Ignoro los gruñidos malhumorados de Duncan y paso de largo rumbo a mi habitación en la casa aún en forma de Lobo.

Es raro ver a mi hermano menor por aquí. Y más raro aún verlo en forma humana.

Durante años, nos hemos temido que el cuarto hijo de mis padres renunciara a su humanidad por completo y se hiciera Feral, pero por ahora eso no ha ocurrido.

Aunque es un temor que siempre flota en el aire. Duncan siempre ha estado conectado con la naturaleza de un modo que el resto de nosotros jamás hemos podido comprender o imitar.

—Hey, no entres en la casa Cambiado. Lo estás dejando todo perdido de barro y no pienso ser yo quién lo limpie otra vez.

Ignorar a Aaron es un poco más difícil. Duncan tiende a dejar a la gente tranquila, ya que él mismo es introvertido y solitario por naturaleza. Pero Aaron, el menor de la familia con sus veinticinco recién cumplidos, es un grano en el culo en el mejor de sus días.

El cachorro nunca ha aprendido a dejar de renegar y, aunque sé que Liam opina lo mismo de mí, al menos yo no persigo a la gente por el puto pasillo imprecando sobre la limpieza y las tareas del hogar como está haciendo Aaron en estos momentos.

Me dan ganas de darle un mordisco. Nada agrave. Solo un rasguño que le recuerde que debe dejarme tranquilo.

Le suelto un gruñido de advertencia. No estoy de humor para aguantarlo. Mi paciencia no es buena en el mejor de los días y ahora mismo estoy en mi límite.

Liam no me ha herido físicamente, pero mi orgullo se ha llevado una buena tunda. Y además sigo preocupado por él.

Y traumatizado por la maldita visión de mi hermano excitado como un toro.

Joder.

La imagen mental me ha dejado tal trauma que dudo que vaya a poder recuperarme pronto.

Es fácil deducir que Liam ha encontrado a su Compañera Predestinada, pero no tengo ni puta idea de por qué se está comportando así. Torturándose a sí mismo como siempre hace.

Es un maldito Alfa, y sin embargo a veces es más suave que Caidan, mi segundo hermano mayor, que trabaja como pediatra en el hospital porque tiene un maldito corazón de oro y a veces casi parece más una madre gallina detrás de sus polluelos que un Lobo por la manera tan maternal en la que se comporta con todo el mundo.

Liam siempre ha sido mi meta.

La figura paterna de la familia después de la muerte de nuestros padres. Y verle así me angustia tanto como me asusta, pero no es algo que voy a admitir en voz alta.

Ni eso, ni la forma tan ridículamente fácil y rápida en la que me ha derrotado.

Aún tengo ganas de pelea. Sé que debería dejarlo, pero con Liam siempre encerrado en su cabaña; Caidan en su jodida consulta médica, donde pasa más tiempo que en casa y actuando como si no supiéramos que está cogiendo horas extra para lidiar con esa maldita sensación de soledad que nos agobia a todos; Duncan siempre en su forma de Lobo correteando y haciendo quién sabe qué en el bosque; los gemelos ocupados con sus jodidos jueguecitos o con la humana de turno (y la maldita envidia que me

da que se tengan el uno al otro para hacerse compañía); y Aaron siendo el cachorro que es; solo quedo yo para patrullar la frontera de la manada como solían hacer papá y el tío Sorren juntos.

Pensar en el viejo tío me causa dolor en el pecho.

Sorren siempre había sido un solitario y nunca encontró a su Compañera. Papá era su vínculo más fuerte con el mundo. Lo que lo impulsaba a ser humano. Y cuando mi viejo murió también lo hizo la humanidad del tío Sorren.

Se hizo Feral pocos días después. Cambió a Lobo y no volvió a ser humano nunca.

Ni lo será jamás.

Ese día fue como perder a dos padres y a una madre en una sola semana.

Y no quiero perder a Liam, también.

Vuelvo a mi forma humana una vez estoy en mi habitación. La casa está adaptada para que podamos movernos por ella de habitación en habitación en nuestra forma de Lobo sin problemas. Las habitaciones, pasillos y puertas son amplias y de fácil acceso.

Cojo lo primero que encuentro del armario y me lo pongo tras un lavado rápido en el baño adyacente a mi habitación. Un par de jeans, unas deportivas y una camiseta. Prescindo de ropa interior y otras prendas molestas en caso de que tenga que transformarme y no quiera volver luego con el culo al aire a casa.

Prefiero la ropa que es fácil de quitar, a diferencia de Aaron, Blake o Caidan, que se emperifollan más que un pavo real.

Sé que lo que voy a hacer es estúpido. Muy estúpido. Pero estoy decidido.

Sé que Liam va a seguir a rajatabla esas jodidas Leyes que padre nos metió en la cabeza a conciencia desde que éramos críos. Pero las Leyes no salvaron al tío Sorren cuando se volvió Feral tras años y años de esperar a que su Compañera apareciera y nunca lo hiciera, y me acojona que mi hermano acabe igual.

Si ella lo rechaza y se larga, dudo que Liam aguante muchos años estando sin Emparejar.

Cosa de Lobos.

No somos como los humanos. No nos van las relaciones cortas ni las casuales ni nada de eso. Tenemos una Compañera Predestinada y sin ella nos volvemos Ferales cuando ya no podemos más con la soledad.

Es una mierda. Pero es lo que somos.

—¿Adónde vas?

Adrien me sobresalta. El mayor de los gemelos lleva su largo cabello rubio recogido en uno de esos ridículos copetes que a las mujeres parece gustarles y las orejas llenas de piercings. Es su única diferencia física visible con Blake, que lleva el pelo corto y un piercing en la ceja y por lo demás es completamente idéntico.

A veces pienso que es como si quisieran establecer que son diferentes a pesar de sus semejanzas físicas y del vínculo telepático que los une.

Adrien y Blake siempre han sido un mundo aparte.

Yo me encojo de hombros, pero sé que eso no va a engañar a mi hermano menor. Es casi tan jodidamente perceptivo como Caidan.

Adrien está sentado al pie de las escaleras, y seguramente el cabrón ha escogido su posición a sabiendas. A no ser que salte por una ventana no hay otra salida hacia la planta baja. A mis espaldas, puedo escuchar a Aaron despotricar contra mi «falta de higiene» mientras friega el suelo del pasillo, pero lo ignoro una vez más.

Me preocupa más Adrien.

Sé que en una batalla uno contra uno puedo contra él, pero los gemelos nunca pelean solos. Ni limpio.

Y su vínculo telepático les da siempre una ventaja en cualquier pelea. Mientras uno pelea, el otro vigila y comunica los movimientos del adversario. Sus estrategias me han derrotado más de una vez y eso me escuece.

De vez en cuando patrullan conmigo las fronteras de nuestras tierras. Otros clanes han estado tocándonos la moral desde hace un tiempo y más de una vez han cruzado nuestro terreno sin permiso, y sé que eso les cabrea a ellos también.

Pero los gemelos son impredecibles y es imposible saber si intentarán detenerme, si todo el asunto les parecerá divertido e interesante y se unirán a mi plan, o si simplemente les resultará indiferente.

—No es asunto tuyo. Aparta.

Opto por dejar que mi cabreo gane la batalla esta vez. No tengo ningunas ganas de ser parte de lo que quiera que esos dos estén tramando, ni de ponerme a abrir el corazón y esas chorradas para ver si los convengo de que se hagan a un lado con explicaciones.

Miro sospechosamente al otro lado del pasillo, donde está el balcón, que en más de una ocasión ha sido mi salida de emergencia cuando Liam o algún otro de mis hermanos me prohibían salir de la casa como castigo tras una pelea durante mis años como adolescente, pero no veo a nadie.

Aun así, sé que allí donde está Adrien, Blake anda cerca. Siempre ha sido así.

—A Liam no le va a gustar que te entrometas.

El tono de Adrien es una advertencia. Se nota que está preocupado a su manera, pero a mí me importa una mierda que Liam se cabree. Puedo lidiar con su enfado, pero no con él volviéndose Feral.

—Quita de ahí. —Advierto con un gruñido de enfado.

El rastro de ella se está desvaneciendo poco a poco y va a llover pronto. Tengo que encontrar el lugar donde empieza si quiero seguirlo hasta donde esté la Compañera de mi hermano.

No sé lo que haré cuando la encuentre, pero sí que sé que necesito hacer algo. Y necesito hacerlo ya.

Nunca he sido de los que esperan pacientemente al destino y esas mierdas. No aguanto estar quieto cuando sé que hay algo que

puedo hacer al respecto, y no sé cómo Liam es capaz de aguantarse.

Si yo encontrara a mi Compañera, ciertamente ninguna vieja y obsoleta Ley me impediría intentar ganármela. La otra opción me encoje las pelotas de miedo.

Puede que me guste el Cambio y la libertad que mi Lobo me ofrece, pero estar atrapado en un cuerpo animal hasta que mi mente humana desaparezca y sea consumida por él, sin volver a ser capaz de ser humano de nuevo, es un destino que no le deseo ni a mi peor enemigo.

Adrien niega con la cabeza pero se encoge de hombros y levanta su largo cuerpo de la escalera poniendo rumbo a la cocina. Esa es otra de las cosas que me joden: que su forma humana me saque una cabeza en altura.

Mi único consuelo es que no soy el único al que le molesta.

Esos dos siempre miran hacia abajo a todo el jodido mundo. Incluido Liam.

No tardo en llegar a las cercanías de la cabaña de los abuelos, pero mantengo las distancias. No quiero escuchar a mi hermano masturbarse. Hay un motivo por el que las paredes de la casa comunal de la manada son más gordas y tienen más aislamiento que las de una prisión federal: para evitar que nuestros agudos sentidos escuchen o perciban algo que no deben.

Le intimidad es algo valioso cuando vives rodeado de personas que pueden oír cómo te rascas el culo a un kilómetro de distancia.

El aire apesta a excitación y a frustración a partes iguales y a algo a lo que prefiero no ponerle nombre por miedo a crearme otro maldito trauma. Ya tengo bastantes de esos.

Encuentro el rastro de Duncan unos metros más allá de donde estoy. Así que ha venido a ver qué era lo que estaba ocurriendo y se ha largado en cuanto lo ha deducido. O eso espero, su rastro se pierde en el bosque de nuevo pero no le presto atención.

Lo de Liam no es algo difícil de percibir. Todos los Cambiantes saben cuando alguien ha encontrado a su Compañero o Compañera. El cambio del olor en las hormonas y el súbito incremento de la lujuria son señales que reconocemos de manera instintiva.

Vuelvo a encontrar las huellas de mi otro hermano en el barro unos metros más allá.

Duncan está otra vez en forma de Lobo.

Otro que me preocupa.

Siento un pinchazo de culpabilidad por casi haberlo mandado a la mierda antes y recuerdo que hace dos días que no nos habíamos visto.

Mierda.

Ahora mi conciencia no va a dejarme en paz hasta que lo encuentre y vea que está bien con mis propios ojos.

Quizá el que es una mamá gallina soy yo y no Caidan.

Doy un rodeo y sigo el rastro de mi hermano Liam de vuelta a la carretera, a menos de un kilómetro de distancia. Nuestro territorio se extiende a ambos lados de la misma, pero dimos permiso a la ciudad para construir la nueva carretera dado que sabemos lo importante que es para el comercio y el turismo y lo mucho que necesitamos de ello nosotros también.

Al fin y al cabo, nuestras Compañeras no podrían venir a nosotros si ni siquiera tienen un camino adecuado para ello.

Eso, y el hecho de que Liam es parte del Consejo que gobierna Green Valley, así que imagino que se sintió en parte obligado a colaborar en el proyecto. Y los Osos no iban a ceder sus tierras, cabrones altivos como son.

El rastro de mi hermano es fácil de seguir. Las hormonas son tan intensas que casi no necesito seguir sus huellas. No tardo mucho en llegar al punto en el que su olor se cruza con el de alguien más. Una hembra. Humana.



Bingo.

Tiene sentido que sea humana. Una Loba habría entendido las Leyes y habría actuado conforme a ellas sin necesidad de explicaciones.

Y también tiene sentido que mi hermano, tan obsesionado con seguir las malditas Leyes y ofuscado por su necesidad como está, no se le haya ocurrido que la humana puede no tener idea de que esas Leyes existen.

Me froto la cara con las manos.

Intervenir en el Emparejamiento de alguien más está prohibido. Y sé que Liam se cabreará si lo hago. Pero también sé que algo se retuerce en mi interior cuando pienso en dejar a mi hermano a su suerte y a las decisiones de una humana cuyo rastro se pierde en la distancia y se confunde con el de la gasolina del vehículo con el que ha huido de él.

Joder.

¿Qué hago ahora? ¿Lo dejo todo a la perra que es el destino o me la juego e intento ir tras ella?

Rechino los dientes con frustración. Incluso aunque quiera ir tras la hembra, seguir su rastro sería difícil en el mejor de los casos. Calculo que deben haber pasado casi un par de horas. A este paso podría estar de camino a quién sabe dónde.

Así que, por mucho que ello me joda, no tengo más remedio que esperar a ver qué ocurre.

Solo rezo para que mi hermano no meta la pata y para que ella no acabe rechazándolo por cualquier motivo.

Un Lobo jamás haría daño a su compañera. No está en las venas de un Cambiante ser como los humanos, que pueden llegar a ser viciosos y crueles entre sí e incluso maltratar a sus parejas (algo que me produce un escalofrío de rabia y repulsión). Para nosotros, nuestra Compañera es nuestra vida y nuestra felicidad y su seguridad y libertad están por encima de cualquier cosa.

Pero también sé que los medios de comunicación nos pintan de una manera diferente.

Humanos actores que juegan a ser Lobos en películas que no son nada más que una amalgama de estereotipos entremezclados con la cara más cruel de la humanidad atribuida a nuestra especie. Dan por sentado que somos sádicos y que no tenemos moral. Pero eso es algo inherentemente humano, no Lobo.

Ojalá ella tenga la mente más abierta de lo que es habitual entre los de su especie.

Si no, mi hermano va a estar muy jodido.



# 4

==

Sheila

==

*Al día siguiente...*

No sé qué hacer.

Sigo pensando en el Lobo. En sus ojos. En su voz.

He dormido mejor de lo que esperaba, pero mis sueños han estado plagados de su presencia.

Tumbada en el estrecho camastro de mi caravana, aún siento mi sexo palpar y mis pezones rozan contra la tela de mi camiseta, sensibles y endurecidos.

Todavía puedo sentir sus manos sobre mí, acariciando cada centímetro de mi piel. El calor de su boca alrededor de mis pezones, succionando y mordisqueando. Su lengua trazando líneas sobre mi piel de manera descendente hasta hundirse entre mis piernas.

Aún siento el fantasma del sabor de su lengua en mi boca y sus dedos dentro de mí.

Cierro los ojos y suelto un gemido.

No sé si sentirme agradecida de que mi imaginación sea tan vívida o maldecirme por ello.

Estoy tan mojada y sensible que hasta el roce las braguitas contra mi sexo es incómodo.

Con un suspiro, meto la mano bajo las sábanas y la cuelo dentro de mis pantalones de pijama, acariciándome tal y como me gusta: firme, duro y en círculos sobre mi clítoris. Estoy tan excitada por mis sueños que no me cuesta mucho llegar a la cima.

Y lo hago de nuevo cuando mi cuerpo demanda más. Me siento insaciable.

Gimoteo cuando los espasmos me recorren por entera, tanto de alivio como de desesperación.

Porque aún siento que necesito más.

Le necesito a él.

Es una verdad que mi mente y mi corazón no han dejado de repetirme desde que lo vi.

Le necesito dentro de mí, llenándome con su longitud y cabalgándome como si no hubiese un mañana. Me pregunto en qué se diferenciará tener sexo con un Lobo del tenerlo con un humano.

Sé que son más fuertes, más resistentes, pero no sé mucho más sobre los Cambiantes en general y los Lobos en particular, y ese es un desconocimiento que sé que tengo que resolver cuanto antes.

Necesito Internet.

Y necesito masturbarme de nuevo otra vez.

Maldigo y hundo mi rostro en las almohadas húmedas de sudor. Es casi otoño y está empezando a hacer frío pero aun así mi cuerpo parece un horno.

Después de dos veces seguidas mi sexo debería de haber estado demasiado sensible como para una tercera tan rápidamente, pero no puedo evitar darme placer a mí misma de nuevo pensando en él. Hundo mis dedos y los retuerzo en mi interior buscando el punto que me haga volar mientras repito su nombre como un mantra y el orgasmo me golpea tan fuertemente que lo veo todo blanco durante unos segundos antes de volver en mí.

Temblando y aún con los espasmos de placer recorriéndome de la cabeza a los pies, aparto las sábanas haciendo nota mental de cambiarlas y acercarme a una lavandería automática una vez tenga dinero suficiente.

Lo que me recuerda que también necesito un trabajo.

La oferta de Liam está fuera de cuestión. Ni siquiera sé qué hacer con la atracción sobrenatural que siento por el Lobo, así que acercarme a preguntar casualmente por la oferta de supuesto empleo me parece una idea ridícula.

Primero tengo que saber qué me está ocurriendo, porque tengo claro que no es algo normal.

¿Es posible que realmente sea la Pareja Predestinada de ese increíblemente guapo Lobo?

Niego con la cabeza. Me cuesta creerlo aunque parte de mí tenga la esperanza de que así sea.

Me he pasado la vida sola y sin un lugar al que pertenecer y, aunque mis circunstancias han logrado apagar muchos de mis sueños y esperanzas, siempre he soñado con un hogar al que llamar mío y con la oportunidad de formar una familia. Siempre he querido encontrar a un compañero en el que pudiera confiar y al que amar y con el que tener hijos.

Pero me deshice de esos sueños después de probar la dura realidad. Pocos hombres están dispuestos a salir con una mujer que vive como yo lo hago y, cuando lo hacen, nunca me consideran algo «serio» y el ser despreciada de esa forma, el ser ninguneada constantemente debido a circunstancias sobre mí que yo no he elegido vivir, me ha llevado a aislarme de situaciones que potencialmente puedan hacerme daño.

Y ello incluye a los hombres.

Incluso hombres cuyos empleos y economía eran tan precarios como los míos se han comportado igual. Como si yo fuese solo buena para una noche de diversión y nada más.

Suspiro. A pesar de todo, algo aletea dentro de mí cuando pienso en Liam Wolf. Algo que se siente como esperanza e ilusión. Y, a diferencia de otras veces, soy incapaz de aplastar y apagar esa sensación con la amargura y la crudeza que la realidad de mi vida ha inculcado en mí.

Algo me dice que él es diferente. Especial.

Y, por ridículo que eso sea, no puedo ignorar esa sensación premonitoria.

Me lavo lo mejor que puedo en el diminuto aseo de la caravana. No queda mucha agua en el depósito de lluvia así que tendré que aguantar como pueda hasta que logre ganar dinero suficiente para pagarme el acceso a un motel o algo similar.

La ropa fresca, una de las pocas mudas que me quedan limpias después de una semana de viaje en carretera, sienta maravillosa sobre mi piel sensible y caliente.

Me recojo el pelo en un moño en lo alto de la cabeza para no tener que molestarme en peinarlo. No tengo ningunas ganas de arreglarme a pesar de que aún me queda maquillaje en el cajón que hay bajo la cama. Pero sacar la caja que contiene mi pequeña colección de maquillaje y bisutería me parece una tarea titánica en esos momentos y no puedo motivarme a hacerlo.

Así que decido ir a cara lavada y mando al carajo mentalmente lo que piense la gente. Tengo peores cosas de las que preocuparme.

El día anterior vi un restaurante con WiFi supuestamente gratis casi a la salida de la ciudad. Lo suficientemente cerca como para poder acercarme a pie. Claro, que hay que haber pagado una consumición y pedir el ticket con la contraseña de la red para poder acceder, como suele suceder, pero confío en que haya alguien que se lo haya dejado tirado sobre una mesa.

No me queda apenas gasolina; como mucho para veinte minutos de viaje, calculo, así que malgastarla no es una opción en caso de que tenga que irme del lugar o moverme a otra zona. Cosa que espero que no pase.

Me pongo mis deportivas favoritas, cojo el móvil y la cartera (llevar mi identificación siempre conmigo es algo que he aprendido por las malas), y salgo de la caravana cerrando con llave tras de mí.

No hay mucho que robar excepto por la caravana en sí y mi viejo portátil, pero la experiencia me ha enseñado que a los adolescentes no les importa mucho. Hay demasiados a los que entrar a la

propiedad ajena de alguien a montárselo les parece una idea excitante, y ya me he llevado demasiados disgustos.

Los suficientes como para que cerrar las puertas antes de irme sea ya un hábito automático en mí.

El restaurante no está lejos. Tengo buena memoria y buena orientación así que no me cuesta ubicarlo aunque lo viese solo de paso.

Lo difícil es acercarme lo suficiente a las mesas como para coger un ticket en el que esté escrita la contraseña del WiFi sin que el personal me vea, pero ni siquiera tengo que hacerlo cuando veo que uno de los papeles, olvidado por un cliente que se marcha a toda prisa, es arrastrado por el aire hasta un pequeño cerco de árboles cercanos a donde estoy parada.

Perfecto.

Cojo el ticket cuando se engancha en una de las ramas y me escondo tras los árboles cuando veo que la señal es lo suficientemente fuerte, e introduzco la contraseña sin un solo ápice de culpabilidad.

Este momento siempre me hace sentir como una especie de ninja hacker.

Hace años que ya no siento la culpabilidad como para gastarme unos dólares en el local a cambio del acceso a Internet. Principalmente porque no puedo permitirme hacer eso cada vez. Me dejaría seca. Así que tuve que aprender a ser lista.

No me cuesta nada encontrar lo que ando buscando.

Parejas Predestinadas.

Lo primero que encuentro, cómo no, son imágenes e historias para adultos bastante explícitas.

Hecho un vistazo a unas cuantas sin poder evitarlo y hago un par de capturas de pantalla, levantando la vista a cada rato de manera furtiva para ver si alguien me observa mientras me ruborizo por algunos de los contenidos.



Sacudiendo la cabeza, salgo de esas páginas y resumo mi búsqueda.

Trago saliva cuando encuentro el Blog de una mujer que relata haber tenido los mismos síntomas que yo cuando descubrió que era la Pareja Predestinada de un Cambiante de Oso. Su página es exactamente lo que andaba buscando. Lo que necesito.

Así que estaba en lo cierto.

En mi pecho crece un sentimiento que no puedo describir. Mezcla de excitación, nervios, sorpresa y alegría que hace que mis ojos se humedezcan sin saber por qué.

Siento como si hubiera estado esperando este momento durante toda mi vida.

Cuando era una niña, mi padre solía decirme que era especial. Que mi destino era volar alto y ser feliz.

Y, aunque suene a locura, una parte de mí no ha dejado de creer que él y mi madre siempre me han cuidado desde el cielo o el plano espiritual o desde allí donde estén en el Más Allá. Y esa creencia siempre me ha ayudado en los momentos más duros de mi vida.

Respiro hondo y me siento encima de un tocón de árbol cortado que hay unos metros más allá de la arboleda. Mordiendo mis labios, continúo leyendo lo que la mujer tiene que decir respecto a estar Emparejada con un Cambiante tras casi diez años de vivir con él y su Clan.

Tanto lo bueno como lo malo.

Y decido que es lo que yo también quiero tras darle vueltas.

Soy consciente de que es una locura. Insensato e impulsivo. De que no sé nada más de Liam Wolf excepto el hecho de que es un Lobo y que posiblemente el destino nos ha elegido el uno para el otro, pero esto último es suficiente para mí como para intentarlo.

Me da cierta seguridad el que la mujer escriba en su Blog que los Cambiantes son protectores y pueden parecer posesivos, pero no

son maltratadores. No tienen ese instinto de poseer a alguien hasta hacer daño, dice ella.

Y yo me inclino a creer que es cierto a pesar de que muchas veces he tenido que enfrentarme a lo peor de la humanidad y su egoísmo dañino.

Me inclino a creer que ellos pueden ser mejores que nosotros en ese aspecto. En amar, pero no asfixiar.

Ella habla de cómo él siempre respeta su espacio, y de cómo todos los Cambiantes que ella ha conocido son así, y yo decido que eso me gusta.

Me gusta mucho.

No sé por qué, pero en cuanto veo la foto de ella en la sección «Sobre mí» de su Blog automáticamente confío en ella. A veces me ocurre que en cuanto veo a una persona sé si confiar o no en ella y mi instinto nunca me ha fallado hasta la fecha.

Una sensación de alivio me embarga y la imagen de Liam Wolf me viene a la mente y hace que me ruborice como una colegiala.

Tal vez el que él sea tan guapo, me confieso a mí misma, haya tenido algo que ver en mi decisión de aceptar lo de ser su Pareja Predestinada.

O al menos espero que sea así y que no esté haciendo la tonta equivocándome. Espero que él sienta deseo por mí tan intensamente como yo lo siento por él.

Mi corazón me dice que es así.

Ahora solo me falta saber dónde encontrar a Liam Wolf para hablar con él y aclarar las cosas un poco. Necesito centrarme y saber cuáles van a ser mis siguientes pasos.

¿Hay algún tipo de cortejo o reglas que deba seguir? Me gustaría conocerle un poco más antes de prácticamente casarme con un desconocido, aunque el pensamiento de Emparejarme con él hace que mi corazón lata desbocado y no sé si podré aguantarme si lo vuelvo a ver.

Hasta ahora no creía que el amor a primera vista pudiera existir.

Decidida, guardo el móvil en el bolsillo y, tras pensármelo durante unos minutos, pongo rumbo a la ciudad. A pie tardaré unos quince minutos hasta estar a la entrada de la misma propiamente dicho, donde la gente vive en casas con jardines cerca el lago y tal vez encuentre a alguien que conozca a Liam y sepa dónde puedo encontrarlo.

Es el único plan en el que puedo pensar dado que no conozco el lugar ni a sus gentes y volver a la carretera donde lo encontré me es imposible. Está demasiado lejos para ir a pie y tengo miedo de que la gasolina me falle y de quedarme tirada a saber dónde en medio del bosque.

En cuanto salgo caminando a la carretera con la intención de poner rumbo a la ciudad me paro en seco.

Hay un Lobo en mitad de la misma.

Literalmente.

Es inmenso y tiene el pelaje oscuro, de un gris intenso mateado de blanco, y sus ojos me miran fijamente y sin parpadear. Está sentado a la salida del restaurante, como si hubiera estado esperándome, y a mí me entra un escalofrío cuando pienso en que ni siquiera he notado su presencia a pesar de que mi instinto me dice que no estoy en peligro.

No me gusta ser observada.

Ese mismo instinto me dice que el Lobo no es Liam, pero que no es peligroso. No para mí.

—¿Eres de la misma manada que Liam? —Pregunto tragando saliva.

Solo mencionar su nombre hace que el deseo se agite dentro de mí. A este paso en cuanto lo vea me tiraré encima de él como una desesperada.

El Lobo asiente, dejando claro, como si su inmenso tamaño antinatural no fuera suficiente pista, de que no se trata de un lobo

normal, pero no hace ningún movimiento para acercarse a mí.

—¿Él está... está bien?

Lo que he leído en el Blog sobre cómo encontrar a su Compañera afecta a los Cambiantes me preocupa. Sé que posiblemente él lo esté pasando peor que yo.

Siento un aguijonazo de preocupación en el pecho por un hombre al que apenas conozco pero que ya siento como mío. Debe ser el Emparejamiento haciendo efecto.

El Lobo niega con la cabeza y yo me siento triste y agobiada de súbito. Siento la necesidad de ver a Liam con mis propios ojos. De comprobar cómo está. De hacer algo para aliviar su sufrimiento.

Sé, tras haber leído en Internet un poco sobre las Leyes, que debo ser yo la que acuda a él primero. Que las hembras son las que controlan y consienten o no el Emparejamiento. Y tengo unas ganas inmensas de correr hacia él y arrojarme en sus brazos.

Tanto que me asusto a mí misma.

—¿Puedes indicarme dónde encontrarle?

El Lobo ladea la cabeza y se da la vuelta, empezando a andar en dirección a la ciudad, y yo lo sigo después de dudar por unos segundos.

Él me guía hasta un recodo en la carretera donde hay un desvío. Un estrecho camino de tierra sin asfaltar que se interna en el bosque. A mí se me pasa por la cabeza que esto parece algo sacado de un cuento como Caperucita y que tal vez la intención de este Lobo es devorarme, pero descarto la idea con un resoplido que hace que él gire la enorme cabeza y me mire con curiosidad y que yo me ruborice de la vergüenza y apriete el paso para seguirle.

Me siento tranquila a pesar de lo extraño de la situación. Como si estuviese caminando a mi destino. Como si los años de soledad, de vagar de un lado a otro sin hogar ni destino, hubieran terminado por fin. Y eso trae lágrimas inesperadas a mis ojos que tengo que tragármelas para no echarme a llorar allí mismo.

Cada paso me acerca más a Liam, y no puedo esperar para estar cerca de él de nuevo. Para conocerlo y ver si somos capaces de construir una vida juntos.

Comprobar si es cierto o no que la magia es cierta y las Parejas Predestinadas realmente existen.

El corazón me late a mil por hora de la anticipación.



# 5

==

Liam

==

No sé cuánto tiempo ha transcurrido desde que la vi, pero sí que no voy a aguantar mucho sin volver a hacerlo, aunque sea de lejos.

Mi Lobo lucha con todas sus fuerzas por salir y yo estoy agotado. Mi cuerpo sigue caliente y excitado y ya he perdido la cuenta de cuántas veces he usado mi mano para aliviarme de manera temporal, pero en cuanto la imagen de ella y el recuerdo del olor de su deseo vuelven a torturarme vuelvo a estar duro como una piedra otra vez.

He vuelto a meterme en el río aún a sabiendas de que cualquier alivio que el dolor del agua helada sobre mi miembro inflamado pueda causarme será solo momentáneo, pero se me están acabando las opciones y no sé qué más hacer para ponerle fin a esta tortura.

Es entonces, mientras siseo y maldigo entre dientes hundiendo mi cuerpo en las aguas del río, cuando siento que Duncan está cerca.

Mi primer instinto es buscar pelea y marcar territorio. Alejarlo para que me deje sufrir en paz. Pero el segundo olor, tan intenso y tanpreciado para mí, que lo acompaña, hace que mi mente se quede completamente en blanco.

Sheila.

Ella lo está siguiendo y se están acercando a mi cabaña.

No sé si maldecir a mi hermano y enseñarle una lección por entrometerse o correr hacia mi compañera y suplicarle que tome

una decisión de una vez por todas: o me acepta como su Compañero Predestinado o me rechaza.

La última opción me causa un pinchazo de agonía en el corazón y no poco miedo, una emoción a la que no estoy acostumbrado, pero sé que es ella la que tiene el derecho a decidir.

Si ella me acepta, yo conservaré mi lado humano y ganaré una Compañera con la que compartir mi vida. Y, si me rechaza, acabaré perdiéndome en mi lado salvaje y animal como lo hizo mi tío años atrás.

Al menos, en ambos casos, la tortura de saber o no cuál será mi destino y esta necesidad por saborearla y marcarla como mía habrán acabado.

Mi cuerpo está tan tenso que no puedo ni siquiera moverme mientras ella se separa de Duncan y se acerca lentamente hasta la cabaña.

Debí haber sabido que mis hermanos no podrían dejar de meter sus narices en esto. Especialmente los más jóvenes.

No dudo que Ewan también pensó en rastrear a mi Compañera, pero nunca ha sido tan buen rastreador como Duncan, que está demasiado a gusto en su forma animal como para que ello no me cause más de un dolor de cabeza y preocupación.

Noto a Duncan alejarse, dándonos espacio. Chico listo.

Acabe como acabe, ya arreglaré cuentas con él por su entrometimiento más adelante. Nada duro o cruel, porque no está en mi naturaleza castigar a mis hermanos cuando demuestran tener un buen corazón (y cuando no tampoco), ni ser tan cruel o sádico como un humano puede serlo, pero las Leyes son las Leyes y han de ser respetadas.

Voy a tener que hablar con él seriamente sobre su entrometimiento. Aunque sé que no voy a poder ser muy áspero con él. Tengo una deuda que pagar y soy consciente de ello.

Los pies de Sheila hacen ruido cuando pisan las ramas y hojas secas del suelo y yo cierro los ojos y aspiro una bocanada de aire.



El olor del bosque se entremezcla con la esencia personal de mi compañera.

No hay aroma más delicioso, más acogedor u hogareño para mí.

Ella huele a casa. A *hogar*. Como si por fin mi búsqueda hubiera acabado tras un largo viaje.

Mis huesos dejan de doler y mi Lobo deja de luchar y empieza a emitir un ronroneo más propio de un gato que de un lobo.

Cuando ella se detiene a la orilla del río, abro los ojos y giro la cabeza para deleitarme la vista con su forma.

Lleva una camiseta roja, una chaqueta y unos vaqueros que se apegan a su piel y muestran las generosas curvas de sus piernas y caderas. Su belleza me roba el aliento.

Soy muy afortunado.

—Sheila.

Mi voz es ronca y grave. Mi garganta se siente seca.

Ella da un ligero respingo, pero ese es el único movimiento que indica que me ha oído. Sus ojos no se apartan de mí y su dulce boca está entreabierta.

Sé la imagen que presento: allí desnudo, mojado y de pie en mitad de un río que apenas cubre mis muslos, con mi erección plenamente visible y mis ojos clavados en ella reluciendo con hambre y deseo.

Ella humedece sus labios y yo anhelo probar el sabor de su lengua con tantas ganas que tengo que apretar los puños y clavarme las uñas en las palmas de las manos para no correr hacia ella y hacer eso mismo justo allí.

Suelto un gruñido ronco sin poder contenerme cuando veo que sus pezones se han endurecido y se marcan contra la tela de su camiseta. No lleva sujetador.

Esta mujer me va a volver loco.

—Quiero... —Trago saliva cuando la escucho hablar. Su voz es suave y algo nasal y para mí es el sonido más hermoso que he

escuchado jamás. —¿Somos Pareja Predestinada?

Yo asiento, asombrado de que ella haya tenido que preguntarlo, y luego me avergüenzo y me maldigo a mí mismo por suponer que ella sería capaz de reconocer los síntomas, recordando que es humana.

Quizá he sido yo el estúpido y no Duncan ni Ewan y les debo más a mis hermanos de lo que había imaginado en un principio.

—Sí. —Confirmo sin dejar de mirarla.

Mis ojos no se pueden apartar de ella. Siento como si fuera una aparición y fuese a desaparecer si lo hago, y toda posibilidad de ser feliz, de poder disfrutar cada día de mi vida con esta mujer increíblemente hermosa y maravillosa que el destino ha elegido para mí, fuera a desaparecer si lo hago.

Nunca he sido dado a pensamientos ridículos de ese tipo, pero no puedo evitar sentirme así.

Ella carraspea y yo me obligo a no moverme. A no acercarme. Si ella fuera Loba las cosas serían distintas. Pero es humana y dudo que pueda comprender lo que su olfato y su instinto le dicen de mí: que estoy muy cerca de perder el control de mi Lobo interior.

Mi necesidad y mi evidente excitación y mi desesperación por tenerla entre mis brazos y escuchar palabras de aceptación de sus labios son abrumadoras.

Es una lucha constante entre mis deseos y mi conciencia que no puedo permitirme perder.

—¿Y qué pasará si nos Emparejamos? —Pregunta ella.

Puedo ver el deseo en sus ojos, ese anhelo que yo también comparto: por compartir mi vida junto a alguien, por dejar atrás los años de soledad y formar un hogar y quizá una familia. Pero también el miedo y la aprensión a lo desconocido.

—Tú tendrás todo el control. Podrás poner todos los límites que quieras. —Le digo con total certeza. Las hembras son las que gobiernan el hogar y ponen las normas tanto fuera del dormitorio

como dentro de él. Así ha sido siempre y para mí así debe ser. —Yo no te tocaré si tú no quieres ni te impondré nada que te haga infeliz. Seremos dos personas coexistiendo en paz y armonía.

Ello no quita que yo sea capaz de dar mi opinión y de hablar cuando quiera hacerlo o no implica que no desee ser escuchado, pero en el fondo soy un hombre tradicional.

—Y tú también me dirás lo que sientes y piensas, ¿verdad? —Ella duda unos segundos pero su boca tiene una expresión de firmeza. —Eso de convivir en paz y armonía es trabajo de dos.

Yo asiento de nuevo y no puedo evitar sonreír y pensar que ya estoy más que enamorado de ella. De su corazón valiente y firme.

—Bien. —Afirma mi Sheila cuadrando sus hombros.

Ella respira hondo y clava sus ojos en mi erección y yo contengo un gruñido y siento los músculos de mi abdomen tensarse y mi miembro empezar a gotear de necesidad.

—Vale. —Dice ella de nuevo. Parece estar dándose ánimos a sí misma y yo contengo las ganas de sonreír y decirle lo dulce que me parece en esos momentos. —Creo que podemos... intentarlo.

Cojo la base de mi miembro con una de mis manos sin pensar y la oigo atragantarse con aire. Mi excitación cada vez se está volviendo más intensa y más molesta ahora que sé que ella no va a rechazarme a la primera de cambio o huir asustada de mí.

—¿Sabes lo que implica Emparejarse con un Lobo?

Ella abre los ojos como platos.

Mierda. No quería que sonara como una amenaza. Todo lo contrario. Me apresuro a hablar de nuevo intentando no haber metido mucho la pata.

—Me refiero a que para nosotros es algo más complicado que para un humano.

Ella asiente.

—He estado leyendo. —Me dice. Y yo me pregunto qué clase de lecturas ha hecho cuando veo el rubor de sus mejillas. —Implicaría

que para ambos sería algo monogámico, que nuestros cuerpos no volverían a sentir excitación por nadie más porque no seríamos biológicamente capaces de ello, y que yo eventualmente me transformaría en Loba.

Ella me mira en busca de confirmación y yo se la doy.

—Sí. —Le digo sintiendo la garganta tan áspera como si estuviese hecha de papel de lija. —Serías mi Pareja. La hembra Alfa de la manada.

—Vale. —Dice, sorprendiéndome, y acto seguido se sonroja. —Creo que el destino nos ha hecho encontrarnos.

Cuadra los hombros de nuevo como si esperase que yo me burle de ella por decir algo así y ello me hace enfurecerme con cualquiera que le haya hecho sentir que debe de estar avergonzada por lo que siente o cree.

Algo que jamás debería suceder.

Mi Lobo aúlla enfurecido contra un grupo de desconocidos cuyos caminos posiblemente no vuelvan a cruzarse con el mío. Cualquiera que le haya hecho daño a mi Compañera es enemigo mío.

—Yo también lo creo.

Ello la hace sonreír y pone también una sonrisa en mis labios de orgullo por haber hecho que se relaje.

—Entonces, vamos a....

El rubor de ella se hace más intenso y yo casi pierdo el control por completo y me abalanzo sobre ella como la bestia que soy casi en esos momentos cuando veo el deseo en su mirada.

—Tener sexo es la manera de completar el vínculo. —Digo, apenas capaz de seguir hablando. Las palabras saben a gravilla en mi boca. Estoy demasiado cerca de perder el control.

—Lo sé. —Se apresura a decir ella antes de ruborizarse aún más intensamente.

Incapaz de estarme quieto un solo segundo más, me acerco a ella a pasos medidos, dejando que vea qué es lo que está a punto de

obtener como suyo para el resto de su vida.

Todo yo le pertenezco. Y le pertenecería aunque decidiera rechazarme y marcharse para no volver.

Me deleito en cómo sus ojos devoran cada centímetro de mí con la misma hambre que yo siento por ella y me enorgullece ser el causante del deseo que veo en ellos.

Mi pesada erección palpita y protesta por ser ignorada, pero yo centro mi atención en ella y en sus reacciones.

Me detengo a un par de pasos de donde está parada mirándome con la respiración agitada y aspiro una bocanada de aire, deleitándome en el aroma de su deseo por mí.

Es intoxicante.

Es ella la que da el primer paso con una mirada determinada en sus ojos, y yo siento mis caninos crecer contra mi lengua y mis pupilas dilatarse hasta que lo único que soy capaz de ver y percibir es a ella.

Sus manos, cuando tocan de manera tentativa mis pectorales, casi parecen frías contra el calor que irradia mi piel, y yo contengo un gruñido de apreciación y aprieto los puños de nuevo, dejando que sea ella la que marque el ritmo.

—¿Está bien si te toco?

Casi no puedo creer que me esté preguntando eso.

—Cariño, soy todo tuyo. Pídeme lo que quieras.

Ella suspira y se muerde los labios y yo tengo que hacer uso de todas mis fuerzas para no mandarlo todo a la mierda y devorarle la boca ahí mismo. Dudo que sepa lo sensual que es. Cada uno de sus movimientos hace que mi miembro palpite con más fuerza.

Estoy tan duro que duele. Me siento enfebrecido.

—Llámame eso otra vez.

Yo la miro con confusión. Estaba tan perdido imaginándome sus labios alrededor de mi pene que me he perdido el significado de sus palabras.

—¿El qué?

Ella niega con la cabeza como si se hubiese arrepentido, avergonzada. Pero yo no estoy dispuesto a que mi Compañera sienta ningún tipo de vergüenza en mi presencia. No conmigo. Sheila jamás tendrá nada de lo que avergonzarse mientras yo viva.

Ningún deseo o anhelo que ella tenga son poca cosa para mí. Ansío verla feliz con una intensidad que para un humano posiblemente sería apabullante, pero que como Lobo es parte de mi instinto por protegerla.

Quiero verla feliz, plena y completa en cuerpo y alma.

—Pídeme lo que quieras. —Repito con voz honesta y seria. —No tengas miedo.

A ella se le humedecen los ojos y yo casi suelto una maldición pensando que he hecho algo mal, pero entonces veo que es solo emoción, que ella está afectada por mis palabras, como si nadie nunca le hubiera dicho algo así, y el corazón se me encoge en el pecho al pensar que mi bellísima Compañera ha sufrido y yo no he estado ahí, a su lado, para protegerla.

Para apoyarla. Para rugirle a cualquiera que se haya atrevido a hierla de tal forma que hace que aún ahora, enfrente de su Predestinado, se sienta avergonzada de sus necesidades.

—Cariño. —Le murmuro tras romperme la cabeza cuando pienso qué es lo que le he dicho que la afectado tanto. —Cariño. —Repito cuando veo cómo la afecta.

Hay una expresión de alivio y de maravilla en su rostro. Como si nadie nunca le hubiera dicho algo así y lo hubiera hecho con honestidad o como si hubiera pasado un largo tiempo desde que ha escuchado a alguien decirle algo cariñoso o amable.

Ella cierra los ojos y sus labios se curvan en una sonrisa y yo siento que mis pulmones no son lo suficientemente grandes como para permitirme respirar.

La belleza de ella me atrapa. Me enamora.

Me siento caer los últimos pasos hasta quedar de rodillas frente a ella en el barro pero no me importa. Alzo el rostro para mirarla y me embarga una ternura como jamás he sentido antes.

Cada nervio de mi cuerpo, cada músculo y fibra, le pertenecen a esta mujer. Ahora y siempre. Vivo y respiro por ella. Y sé que moriré por ella si es necesario para verla feliz.

Para que esa expresión de muda felicidad y de serenidad vuelva a estar en su rostro cada día de su vida.

—Sheila, cariño. Eres mi destino. Mi Compañera. —Tengo el corazón en la boca y la devoción que siento por ella en la mirada y no me importa.

Jamás en la vida me había sentido tan al desnudo. Mi cuerpo y mi alma están a los pies de esta mujer humana para hacer con ellos lo que ella desee.

Ella ahoga un sollozo y se inclina a besarme, y el sabor de sus labios se convierte rápidamente en una adicción para mí. Su boca es ambrosía y yo bebo de ella como si la vida y la cordura me dependieran de ello.

Mi lengua lucha contra la suya en una danza pasional y la siento gemir contra mis labios. Quiero más. Quiero probarla toda, de la cabeza a los pies. Lamer cada milímetro de ella. Conocer cada poro y cada curva de su cuerpo de manera íntima hasta que la imagen de ella quede forjada a fuego en mi cerebro y pueda verla aún con los ojos cerrados el resto de mi vida.

Las manos de ella se enredan en mi pelo y tiran de él y yo obedezco a su demanda y me alzo de nuevo, levantándola del suelo con facilidad y volviendo a inclinarme para besarla una vez la tengo a salvo entre mis brazos.

Ella da un pequeño grito cuando empiezo a caminar y hundo mis labios en su cuello para besarla mientras tanto, mordisqueando y lamiendo la suave piel del mismo. Los sonidos que hace me hacen arder la sangre aún más.

Conozco este terreno mejor que la palma de mi mano, y caminar hasta mi habitación en la cabaña es cosa fácil.

Sheila pasea sus manos por mis hombros, mi cuello y mi pelo y yo me estremezco cuando mi erección roza su culo al caminar, jadeando contra su clavícula.

No me molesto en cerrar las puertas. La privacidad no es algo que me preocupe mucho en esos momentos.

Ni siquiera consigo tenderla en las sábanas revueltas de la cama antes de que ella empiece a moverse, inquieta, y a intentar quitarse la ropa para estar piel contra piel conmigo.

—No creo que pueda contenerme mucho más. —Jadea ella intentando quitarse la chaqueta sin mucho éxito.

Yo gruño en respuesta, más bestia que persona en esos momentos e incapaz de pensar de manera coherente.

La dejo sobre el suelo y tengo que volver a poner mis manos sobre sus caderas para evitar que se caiga de bruces al suelo cuando las rodillas le fallan.

Impaciente, la ayudo a quitarse la chaqueta y la camiseta mientras ella lanza sus zapatillas deportivas a un lado y se desabrocha los vaqueros.

No puedo esperar para verla desnuda, pero mi deseo por poseerla es mucho más intenso que mi necesidad de grabar a fuego en mi memoria cada ángulo y faceta de mi Compañera. Una vez está desnuda, ni siquiera tengo la paciencia de llegar los metros que nos separan de la cama, ni ella tampoco.

Con manos frenéticas, se aferra de nuevo a mis hombros y yo la levanto con facilidad hasta que sus piernas se enredan en mis caderas, con su sexo mojado y abierto para mí.

Suelto un gruñido que es mezcla de agonía y júbilo. Tan bella y pasional. Mi erección roza de nuevo su culo y yo aprieto los dientes y hago mi mejor esfuerzo por ignorarla. Necesito ver si está preparada primero.



Apoyo la espalda de ella contra la pared y hundo mi rostro en su cuello para morder suavemente su clavícula y lamer todo aquello que puedo alcanzar de ella en la posición en la que estamos, que es menos de lo que me gustaría.

Las manos de ella trazan los músculos tensos de mi espalda y siento su lengua contra mi mandíbula y luego mi nuez de adán.

Mis músculos tiemblan y mi Lobo aúlla con ganas por poseerla, pero mi prioridad es que ella lo disfrute. Soy bastante más grande que un humano y además mi pene es ligeramente diferente y, aunque sé que el destino ha hecho nuestros cuerpos compatibles, tengo miedo de hacerle daño.

Ello me destrozaría. No me lo perdonaría jamás.

Cuelo una mano por entre nuestros cuerpos mientras la sujeto con el otro brazo contra la pared y toco tentativamente su centro.

Está tan mojada que ello me hace perder el sentido durante unos segundos mientras mi Lobo se vuelve loco de deseo y, cuando lo recupero, me doy cuenta de que mis caninos se han alargado y de que mis ojos deben de haberse vuelto dorados, porque ella me mira con los ojos como platos y la boca abierta de la sorpresa.

Veo con alivio que no hay miedo en su mirada y ello me satisface. Mi Compañera es tan valiente.

—Liam. —Gime ella con necesidad. Sus pupilas están tan dilatadas que me veo reflejado en ellas.

Mi mano acaricia su sexo y ella tiembla contra mí echando la cabeza hacia atrás hasta que su coronilla golpea la pared dejando al descubierto la extensión de su garganta, que yo me apresuro a morder con cuidado de no hacerle daño con mis caninos.

Acaricio su clítoris con el pulgar y me deleito en sus incoherentes sonidos de placer y en los estremecimientos de su cuerpo.

Voy poco a poco introduciendo un dedo en su interior y, cuando noto que está tan abierta que puedo introducir un segundo sin problemas, la idea de que ella debe de haberse dado placer a sí

misma pensando en mí para estar tan preparada me hace rugir de gozo y orgullo y del deseo de haber estado allí para verlo.

Quiero verla darse placer a sí misma. Quiero verla tocarse. Retorcerse de gozo. Introducir sus dedos en su coño mientras piensa en mí. Mientras yo la miro.

Aprieto una de sus nalgas con la palma de mi mano mientras introduzco un tercer dedo en su húmedo y suave interior y sus paredes se contraen contra mis dígitos como si quisieran ordeñarlos.

El solo imaginar mi polla hundida en ella, con su delicioso sexo ordeñándome como lo hace ahora con mis dedos, es suficiente como para hacerme perder todo rastro de paciencia de manera inmediata.

No puedo contenerme más.

Ella gimotea y se retuerce cuando saco mis dedos de su interior y dejo de acariciar su clítoris, y sus muslos tiemblan cuando nos reposiciono y apoyo la punta de mi miembro contra su entrada.

—¿Lista, cariño?

Tengo que asegurarme.

—Sí. Oh, Dios, Liam. Hazlo ya.

Con un rugido complacido, entro en ella poco a poco mientras ella jadea y gime aferrándose a mi espalda y clavándome las uñas en la piel con desesperación. Yo cierro los ojos ante la sensación.

Es perfecto. No encuentro palabras para describirlo. El placer es tal que mis músculos tienen espasmos como si estuviesen sacudidos por corrientes eléctricas.

Me detengo cuando estoy totalmente envainado en su interior y ambos jadeamos y temblamos piel contra piel.

Mi boca busca la suya instintivamente y mi lengua se introduce en su cavidad, imitando el mismo ritmo que mis caderas al empezar a moverse.

Pronto ambos estamos consumidos por la pasión. Nuestros cuerpos resuenan al golpear contra la pared de la cabaña, pero la vieja madera aguanta los embistes que poco a poco se van haciendo más frenéticos.

El lascivo sonido que nuestras pieles cubiertas de sudor hacen al chocar la una contra la otra se entremezcla con nuestros jadeos, gruñidos y gemidos de gozo.

Ella grita entrecortadamente contra mi pecho y la siento contraerse alrededor de mi pene con un intenso orgasmo que me ordeña de tal forma que me hace ver las estrellas. El bulto, el nudo, en la base de mi pene crece con mi propio orgasmo, dejándome atado a ella mientras su sexo me exprime hasta dejarme seco.

Escucho mi propio rugido de placer como si estuviera lejos y siento mis colmillos alargarse de nuevo. Inclinar mi cabeza para morder su hombro es algo instintivo. La marca no es profunda y sanará en apenas unas horas sin dolor alguno, pero dejará claro para cualquier Cambiante que ella y yo estamos Emparejados.

Ella llevará mi olor consigo allá donde vaya y yo el de ella hasta el final de nuestras vidas.

Cada músculo y hueso de mi cuerpo parece estar prendido en llamas. El placer que me recorre es casi doloroso, y la siento a ella tener un segundo orgasmo en cuanto el vínculo cobra forma entre nosotros y gritar de nuevo con sus uñas hundiéndose en mi piel hasta hacerme sangrar.

Una vez el éxtasis se va reduciendo poco a poco y la inflamación de mi nudo baja lo suficiente como para poder salir de su interior, la ayudo a mantenerse en pie con sus piernas temblorosas y la aferro de la cintura guiándola hasta la cama, no sin antes echar las sábanas sucias de mi propio sudor y esencia de horas antes al suelo sin miramientos y solo dejando la sábana bajera, mucho más limpia, sobre el colchón.

Cuando me aseguro de que ella está cómoda y de que sus ojos están empezando a enfocarse de nuevo, me acerco al armario ropero todavía respirando pesadamente y saco mis mejores mantas.

Las más suaves y menos desgastadas, para que mi Compañera no pase frío una vez el calor de su cuerpo empieza a apagarse y éste vuelva a la normalidad.

Deposito un tierno beso sobre sus labios y me tumbo a su lado bajo las mantas, complacido cuando ella se acerca a mí y apoya su cabeza en mi pecho.

Sé que para ella el Emparejamiento es algo más intenso que para mí, porque su cuerpo humano no sólo tiene que adaptarse a llevar mi marca, sino que ha empezado a Cambiar y pronto empezará a mostrar los primeros signos de su transformación en Loba, así que necesito asegurarme de que ella tenga todo lo necesario.

Por suerte, la cabaña está equipada para poder pasar semanas aquí sin necesidad de reponer nada, así que las provisiones no me preocupan.

Sheila murmura algo a mi lado y mordisquea mi bíceps y yo siento mi cuerpo reaccionar a sus demandas y sonrío acunando su mandíbula con una de mis manos e inclinándome para besarla.

Ya siento mi miembro empezar a erguirse otra vez ante el interés de mi Compañera y no puedo evitar que un gruñido complacido escape mi garganta.

Mis manos acunan sus pechos y ella gime contra mi boca y desliza sus manos por mi cuerpo hasta mi entrepierna.

La vida es perfecta en esos instantes. Ella es perfecta.

Y yo me juro a mí mismo que haré mi mayor esfuerzo para que Sheila Perry, mi Compañera Predestinada, sea la mujer más feliz del planeta.



# 6

==

Sheila

==

*Dos meses después...*

Mi vida ha cambiado tanto que casi no me reconozco algunos días. Y ese sentimiento es maravilloso.

Cuando hacía dos meses había días en los que no podía ni siquiera encontrar motivos para sonreír, ahora los hay en los que no puedo parar de hacerlo en todo el día.

Por fin tengo un hogar. Y un Compañero del que me enamoro más y más día tras día.

Liam es más de lo que jamás me habría atrevido a soñar si me hubiera dejado a mí misma soñar con algo así.

Es atento, dulce, pasional, y me mira de tal manera que hace que algo, ese algo dentro de mi corazón que se había vuelto duro, cínico y cruel tras tanto sufrimiento, se ablande y se vuelva cálido de amor por él.

Hace unas semanas, mi caravana, que Liam me ayudó a traer hasta el claro de la cabaña, murió definitivamente.

El viejo trasto que había sido mi hogar durante tantos años dio su último suspiro mientras la aparcaba. El motor ya no da más de sí y valdría más arreglarla de lo que vale la caravana en sí. Así que rechacé la oferta de mi Pareja por repararla.

No pude evitar echarme a llorar, llena de sentimentalismo, cuando ello sucedió. Fue como decir adiós a una parte de mis padres que había estado conmigo desde que se fueron.

Sentí que era su manera de decirme que ahora estaba bien. Que ya no necesitaba de su protección.

Era una de las pocas cosas que me quedaba de ellos aparte de unas cuantas fotografías y vídeos en VHS de cuando yo era pequeña, y dolió tener que decir adiós, pero tras hacerlo sentí una paz que nunca había sentido antes embargarme.

Estoy más segura que nunca de que ellos siempre han estado ahí para mí aunque no estuvieran presentes físicamente. Y de que por fin ahora puedo dejarles ir en paz.

La soledad que me devoraba va desapareciendo día tras día a pasos agigantados. He descubierto que, si me concentro, puedo sentir a Liam esté donde esté, incluso cuando corre por el bosque con sus hermanos en busca de presa o patrullando en su forma de Lobo.

Si cierro los ojos y pienso en él, puedo sentir los latidos de su corazón como una luz cálida, y siempre sé a qué distancia y en qué dirección está.

Eso me hace sonreír.

Incluso cuando estoy sola, no lo estoy del todo. Y he pasado tantos años estando sola y deseando no estarlo que eso me llena de alivio y paz.

A pesar de ser introvertida, jamás me ha gustado la soledad.

Recuerdo que hace unos meses estaba tendida en el camastro de la caravana llorando por un ataque de ansiedad producido por la soledad y el aislamiento que sentía del resto del mundo y por las duras condiciones de mi vida. Y ahora no puedo imaginarme llevando una vida como la que llevaba antes.

En tan solo dos meses, he ganado una familia y un Compañero y por fin siento que estoy donde debería estar.

Los seis hermanos de mi Liam son algo huraños y solitarios, a excepción de Aaron y Caidan, pero todos ellos me tratan con amabilidad y respeto y sé en mi corazón que llegaré a amarlos como hermanos algún día.

Ya pienso en ellos como familia, y ese sentimiento, el de volver a tener una familia, es tan maravilloso, tan increíble, que no lo cambiaría por nada del mundo.

Excepto el tener hijos. Siempre he querido ser madre. Recuerdo que una de las cosas sobre las que estaba decidida cuando cumplí los diecinueve era que quería ser madre antes de cumplir los treinta y cinco y ahora me río.

A mis treinta y dos, siento que pronto ese sueño se hará realidad. Una vez estemos listos para ello.

Y no puedo esperar para vivirlo. Para escuchar el sonido de pequeños pies correteando por la cabaña y llamándome mamá.

El solo pensar en ello trae lágrimas a mis ojos.

Cerrando los ojos y apoyando mis antebrazos en el porche mientras me acurruco aún más contra el pecho de mi Compañero a mis espaldas, disfrutando del calor de su cuerpo y del contraste con el frío aire otoñal de Canadá, doy gracias al universo y a todos los espíritus que me han guiado hasta este momento.

Siento los labios de Liam besar mi sien y sonrío como una boba.

—Te quiero. —Le digo.

No es la primera vez que lo hago, pero aún me cuesta un poco acostumbrarme a decirlo en voz alta. Ha pasado tanto tiempo desde que le dije a alguien esas palabras que la primera vez que se lo dije casi sonaron extrañas en mis labios. Como si ya no supiera cómo hacerlo y acabara de recordar lo que significa querer a alguien y ser querida en respuesta.

—Y yo a ti. —Susurra él, adormilado, frotando su nariz en mi cuello y raspándome con su barba de dos días.



Hace poco que hemos vuelto de correr por el bosque. Anoche fue la primera vez que logré completar mi transformación en Loba y lo celebramos comportándonos como cachorros, en palabras de Ewan. Corriendo de un lado a otro y aullando.

Nunca me había sentido tan libre. Como si ser una Loba es todo lo que debería haber sido y más.

Amo ser capaz de Cambiar a mi antojo, aunque me cuesta un poco todavía hacerlo. Y no es para nada doloroso a pesar de lo que yo creía.

Es liberador.

Mi sonrisa se amplía de nuevo.

Estoy justo donde debería estar, y no hay persona en el mundo que pudiese haberme hecho más feliz que Liam Wolf.

Mi Compañero.

Mi apuesto Lobo Alfa.

Mi amor Predestinado.



# 7

## *Epílogo*

==

Ewan

==

*Seis meses después....*

Hay una tormenta en el aire.

Puedo sentirla en mi paladar, una combinación de humedad y electricidad que se adhiere a mi lengua con insistencia, advirtiéndome de que las lluvias se acercan.

Con un bufido molesto, entro de nuevo en la casa. Duncan está ahí fuera, pero es lo suficientemente listo como para buscar refugio si la tormenta lo pilla en mitad de una de sus correrías por el bosque.

O, al menos, eso quiero creer.

Aaron, como siempre, está encerrado en su habitación con la excusa de estar trabajando en algo. Algún tipo de proyecto de su trabajo como diseñador Web. Pero probablemente esté viendo porno del suyo.

Los gemelos y Caidan están en casa preparando la cena, y Liam y su Compañera (aún me escuece que haya sido Duncan el que la encontrara y no yo), bien aprovisionados en la vieja cabaña, aunque es probable que se muden a la casa principal ahora que ella está encinta.

Todo el mundo está excitado por la noticia. Incluso Duncan ha estado más por casa últimamente. Y yo he de admitir que me meto

en menos peleas ahora que Sheila ha cogido la suficiente confianza como para regañarme si me ve herido o amaratado.

La mujer ya es como una hermana más, y hace a Liam tan feliz que ninguno nos atrevemos a protestar cuando nos regaña. Ni siquiera los gemelos. Y además siento extrañamente bien que lo haga.

Aunque eso no es algo que admitiré ante nadie ni bajo tortura.

Me recuerda un poco a mamá y cómo ella solía regañarme y curar mis heridas cuando me metía en líos siendo adolescente. Y tal vez eso me hace un poco más blando con ella de lo que me gustaría admitir.

Por una vez, los gemelos se están portando bien, quizá porque temen cabrear a Liam ahora que se le ve tan feliz y tan tranquilo. Sus trastadas se han reducido y ha pasado casi una semana desde que encontré hierba gatera por toda mi habitación y un jodido puma sentado en mi cama con un rastro que iba desde mi ventana hasta su maldita madriguera. Quién hubiese sabido que a esos gatos también les gusta esa maldita planta o que los gemelos aprovecharían eso para joderme tras haberme comido un pedazo la maldita tarta que Caidan había hecho para Sheila.

Solo fue un maldito pedazo.

Juro que a veces es como si fueran críos todavía.

Chasqueo la lengua y evito pasar por la cocina. Adrien está pelando patatas mientras Caidan prepara la carne, pero Blake está haciendo algo con el horno de lo que no quiero saber nada. Ese es el más peligroso de los dos. El más vicioso y vengativo.

Un trueno resuena en la lejanía y miro al cielo encapotado a través de la ventana de mi habitación.

Siento que algo se acerca. Algo más que una simple tormenta. Un cambio importante.

La anticipación recorre mis venas como una corriente eléctrica y me pone los pelos de punta. Es una sensación premonitoria, pero no una ominosa.

Cuando miro el cielo, veo que hay un hueco entre las nubes por donde pasa el sol, creando un camino de luz que ilumina las copas de los árboles.

Verlo me acelera el corazón.

Ahora que Liam está Emparejado, hay un ambiente tenso en casa. Pero no es una mala tensión.

Quizá por el viejo dicho que papá nos decía más de una vez cuando éramos críos: que el Alfa de la manada siempre es el primero en Emparejarse y que, cuando eso sucede, los demás miembros del Clan le siguen uno tras otro. Como si el destino hubiese decidido que ese es el momento de Emparejar al resto.

No tengo mucha fe en esas cosas.

Al fin y al cabo, pienso con rabia, el tío Sorren se pasó la vida esperando a que su propia Pareja apareciera después de que papá encontró a mamá y ella nunca apareció.

Así que todas esas memeces pueden irse a tomar por culo por lo que a mí respecta.

Cierro las cortinas y aparto la vista de la ventana tras echar un vistazo al círculo de luz que todavía sigue en el cielo e ignoro la sensación que me produce de nuevo.

Negando con la cabeza ante mi propia tontería, enciendo mi portátil y busco alguna película de las que tengo guardadas para pasar el rato hasta la hora de la cena, ya que mi opción usual: el Cambiar y unirme a Duncan en el bosque, no es viable en estos momentos.

No me apetece mojarme hasta el culo y acabar buscando refugio en una cueva para pasar la noche con miserándome a mí mismo y echando de menos mi cama y mi chimenea, cuyo fuego chisporrotea en estos momentos iluminando mi habitación con su calidez anaranjada.

Me pongo los auriculares cuando la película empieza y, cuando aún a pesar del sonido escucho todavía de fondo el retumbar de los truenos, ignoro una vez más la sensación premonitoria que me embarga y me enfoco en la pantalla otra vez.

Ni «destinos» ni esas mierdas para mí. No quiero nada de eso en mi vida.

Lo único que me falta es mi Compañera acurrucada a mi lado y nada más.

Ese es el único tipo de «destino» que me interesa.



# Sobre la autora

Marta Guinart, autora de *El renacer de Olivia Carter* y *LOBA*, escribe sus novelas de romance paranormal y erótico bajo el seudónimo T. N. Hawke tanto en inglés como en español.

Otros libros que ha publicado son:

## Paranormales y eróticos

- *LOBA de T. N. Hawke*
- *Romances Eróticos Paranormales Vol. I de T. N. Hawke*
- *SEIZE THE NIGHT by T. N. Hawke*

## Novela romántica contemporánea

- *El renacer de Olivia Carter de Marta Guinart*

**Descubre más de esta autora en Amazon**

[amazon.com/author/tnhawke](https://amazon.com/author/tnhawke)

[amazon.com/author/martaguinart](https://amazon.com/author/martaguinart)

**Encuéntrala en Instagram**

@tnhawke

@deco\_hogar\_esp



**Lee más sobre los hermanos Wolf en Amazon Kindle Unlimited próximamente.**

**¡Gracias por leer!**